

UNO

En lo alto del puerto la niebla le obliga a aminorar la marcha. Amanda se ciñe al borde neto de la carretera pintado de blanco y sigue la línea de la calzada con atención, acercándose al cristal delantero del coche en un intento de ver mejor el trazado. Frunce el ceño y resopla.

— ¡Ahora niebla! Lo que faltaba.

Está de mal humor. Hace tres años, cuando huyó de Villaumbria con sus hijos, se prometió a sí misma que nunca más volvería y, sin embargo, se encuentra en esta carretera de curvas, con el firme mojado y resbaladizo y el horizonte lechoso que parece estampársele en la cara, acudiendo sumisa a la llamada de su madre.

Si fuera capaz, daría la vuelta y regresaría a su casa de La Ciudad donde se siente segura, pero no puede retroceder porque sabe que probablemente éste será el último cumpleaños que celebre la anciana y al día siguiente estará en la fiesta, sonreirá, se sentará a su lado en la iglesia a la hora de la misa concelebrada, durante la comida brindará y le deseará lo mejor y, en la foto de familia, aparecerá radiante cogiéndola por el hombro.

Creía que el odio que sintió hacia ella había desaparecido dejando paso a una compasión forzada, pero compasión al fin y al cabo y, sin embargo, las tripas se le retuercen y el corazón le duele conforme se acerca. Tiene que vomitar.

Detiene el coche en medio de aquella nada gris y húmeda, se agarra con fuerza a la puerta abierta y, de pie sobre el asfalto mojado, obligada por las intensas arcadas, se dobla por la cintura sin conseguir sacar de su estómago ni una sola gota amarga y el miedo que la acompañó durante los quince años que vivió con Juan se acentúa al disminuir la distancia que la separa de él y aunque sabe

que no lo verá, vuelve a sentir la parálisis de sus pensamientos que se centran obsesionados en un recuerdo, solo en aquel recuerdo.

Un escalofrío la recorre obligándola a cruzar la chaqueta de lana trenzada que ha cogido de casa en el último momento antes de salir al recordar el consejo de su hija: "abrigate, mamá, que en Villaumbria siempre hace frío", y algo cálido, que le nace del corazón, desplaza al frío y se expande por todo su cuerpo al pensar en Lucía.

Cuando la abuela habló con ella por teléfono para invitarlos a su fiesta, Amanda creyó que su hija había sido maleducada en el modo como respondió, pero aquella manera de hacerlo, la forma tan contundente de decirle a la anciana que no irían ni ella ni su hermano, atajó cualquier posibilidad de negociación sobre el tema. Porque Lucía se muestra intransigente con su familia y, con los de casa, las cosas para ella son blancas o negras, sin más connotaciones. "Yo no soy como tú, mamá, que siempre estás buscando matices y al final encuentras justificación para todo", le reprocha con frecuencia presumiendo de lo que no tiene. Y Amanda sospecha que en la cabeza de Lucía, y en su corazón también, las ideas y los sentimientos se mezclan de modo confuso, sin límites precisos, igual que este paisaje del puerto cuyo contorno, turbio e indefinido, apenas se intuye a través de la espesa niebla.

En ese momento, el ruido de un motor acercándose la saca del ensimismamiento y se arrima a la cuneta junto al alto muro de roca. Parece un camión por el estrépito que le llega y sospecha que está muy cerca, aunque aún no se le vean las luces. Se coloca detrás de su coche esperando que el otro vehículo pase por su lado. Pero el camión, que lleva un remolque con vacas apiñadas, se detiene delante de su Seat amarillo y un hombre ágil y fuerte baja de la cabina.

— Mal día para circular.— La saluda un amistoso camionero que se planta delante de ella subiéndose las mangas de la camisa de cuadros.

"Un poco gordo", piensa Amanda, y se siente observada por el recién llegado que la mira sonriente posando sus ojos durante un momento en su rostro y, con mayor obstinación, en el busto. Antes, cuando esto ocurría la halagaba y coqueteaba, sutil y explícita, con quien la admiraba y disfrutaba de ser una mujer atractiva. Pero ahora ha perdido el don del juego y, cuando lo ve acercarse, no deja caer las manos a lo largo del cuerpo, soltando la chaqueta de lana con la que se abriga, ni enseña la camiseta multicolor que oculta, ni espera la mirada agradecida del camionero. Con cuarenta años de feminidad acumulada, la mirada parda, los hombros altivos, ondulantes y poderosos, los gestos suaves y el caminar ligero, la intención en la voz, todo lo que la caracterizaba se le ha ido muriendo.

— Llevo un buen rato aquí, y eres el primero que pasa.—Responde sin saber si alegrarse o ponerse en guardia ante el desconocido, aunque su aspecto es afable y no inspira temor.

— ¿A dónde llevas las vacas?

— A La Ciudad.— Contesta el joven señalando con el brazo desnudo la dirección por la que Amanda ha venido.

"Seguro que está helado", piensa ella al ver el vello erizado del brazo extendido, pero el joven continúa con las mangas de la camisa subidas en señal de fuerza y masculinidad.

— ¿Son tuyas? — Pregunta mirando el remolque.

— No, qué va, yo solo hago el transporte. Si fueran mías, no las llevaría así, tan hacinadas que da pena verlas.— Responde el camionero.

Un olor agrio llega desde el remolque y Amanda se acerca más al conductor del camión porque su aroma es limpio y fresco y, los dos, pegados a la montaña, entre el coche y el camión, hablan de las malas condiciones de vida de los animales criados para carne, mientas los engordan, cuando los trasladan y en el matadero. Y aunque a ninguno le gusta lo que se hace con ellos, ambos colaboran en el

proceso, él transportándolos y ganándose la vida y ella disfrutando de un buen filete.

Callan un rato y la niebla persiste.

— ¿No tienes frío? — Se lo dice arropándose con la chaqueta de lana y mirándole a los ojos.

— Ahora un poco. — Responde sincero el muchacho.

Callan de nuevo, pasa el tiempo y el camionero, una vez desentumecidas las piernas, se despide porque quiere volver a su casa antes de que anochezca y ella se mete en el coche, enciende el motor, y sube la calefacción. En el espejo retrovisor comprueba que no se le ha estropeado el peinado con la humedad y que, con el pelo corto y oscuro de ahora, no se parece a la chica pava que llegó a La Ciudad llorando por la felicidad perdida. Lo que más recuerda de aquel tiempo, durante los primeros meses tras la huida, es la tristeza; era una tristeza tan poderosa que lo invadía todo: el día y la noche, las clases en el colegio y el camino hasta casa, la cocina, su cuarto y los cuartos de los hijos, los abrazos, la compra, la comida, todo estaba cubierto de una capa de tristeza negra, sutil e insidiosa que no dejaba resquicio para nada más. Se metía en los rincones, invadía los espacios y le impedía respirar, como ahora que jadea y se lleva la mano al pecho queriendo protegerse sin conseguirlo. Porque lo que ha pasado, ya ha sido, y no se puede cambiar.

“¡Malditos! ¡Maldito!”. No quiere ir. Nunca ha querido ir a la fiesta de su madre “que cumple setenta años, mujer, y está tan delicada”. Pilar ha insistido tanto, que ha conseguido vencer sus resistencias. Su hermana no puede entender que se guarde rencor a una madre. Pues sí, rencor y odio y le desea la muerte, aunque eso es pura fantasía porque lo que de verdad le gustaría es que su madre la quisiera y sentirse feliz a su lado, a pesar de que la anciana dice que la quiere, que es su hija y la quiere e incluso llora unas lágrimas que le salen de los ojos sin modificar su hierática expresión, para demostrarle amor.

Con Pilar es igual. Amanda cree que a ella tampoco la quiere la madre, pero su hermana no está de acuerdo cuando se lo dice y le replica que Doña Consuelo se preocupa mucho por ella, que siempre necesita saber dónde está, qué compra, con quien ha hablado y lo que han dicho, si sus amigas hacen o dejan de hacer, si están embarazadas, "no como tú que no sé a qué esperas. Me voy a ir de este mundo sin la alegría de un nieto tuyo, con la ilusión que sabes que me hace y más ahora, que los de tu hermana ni siquiera me llaman por teléfono, como si les hubiera hecho algo, yo que me he desvivido por ellos. Y no me digas que no es verdad, porque acuérdate de cuando Lucía estuvo en el hospital ¿quién recogía del colegio a José Miguel y le daba la merienda? Y si no se quedaba a cenar en mi casa era porque la rara de tu hermana decidió que lo hiciera con vosotros, como si fuerais más familia; ya me dirás qué familia es Ramón que ni siquiera es capaz de dejarte embarazada, aunque, tú también, con lo que fumas, seguro que no ayudas en nada."

Por la ventanilla del coche ve que afuera todo es pardo y húmedo y, en el cristal delantero, la niebla condensada derrama gotas que parecen lágrimas. Infinitas, como lo fueron las suyas mientras vivió con Juan. Ahora ya no llora pero se come las uñas y fuma.

Busca en el bolso la pitillera, enciende un cigarrillo, y, otra vez la angustia: "¿qué hago aquí, en medio de la niebla, helándome?". "No quiero ir, no quiero llegar a Villaumbria, a casa de mi madre".

Fumar la relaja y demora la partida; estira las piernas y conecta la radio. Hay una tertulia de esas pseudofilosóficas y oye que hablan del pecado. Su pecado fue el miedo. Dejó que la poseyera, que la dominara, que fuera su regla de comportamiento: como una rata de laboratorio enjaulada cuya conducta ha sido condicionada según el criterio del investigador, premiándola si cumple con su deseo y castigándola si no lo acierta, así se había sentido en los últimos años de convivencia con Juan. La